

EL TOREO NIÑO DE RAFAEL DE PAULA

José Suárez-Inclán

Escritor

Quiero decir que para mí el toreo está en el territorio de la infancia,
en una región mítica de la memoria.

Felipe Benítez Reyes

RESUMEN

Fui aficionado a los toros desde mi infancia. Probablemente por cercanía: nací y viví hasta mi juventud en la Avenida de los Toreros, en la casa más cercana a la Monumental de las Ventas. Asistía, con pocos años, con mi padre a las corridas. Era inclinación general en el barrio y particular en él. Años sesenta. La he mantenido desde entonces y han pasado por su arena generaciones de toreros. Mejores y peores, algunos excelsos y unos pocos únicos. Entre estos últimos, el torero gitano *Rafael de Paula*, ha sido el que más me ha emocionado y el que más me ha hecho

sufrir con su toreo poético y misterioso, de mágica inspiración y desgarrada autenticidad. Y su personalidad gitana, libre y espontánea, ajena a las normas que establecen las convenciones sociales y aun las taurinas. Ha sido foco y centro de pasiones y odios, ensalzado y vituperado por aficionados, críticos, escritores y poetas. Este artículo pretende aproximarse a las claves y enigmas de su toreo y su personalidad entre las que destaco su fidelidad a la naturaleza, al mundo libre y niño que es rasgo común de la cultura gitana y esencial y singular en Rafael de Paula.

Marzo de 2011. Vivía yo en Brasil cuando en la Consejería de Educación sonó el teléfono. Lo cogió Elaine en el despacho contiguo y vino a avisarme: “Es de España -me alarmé, siempre me alarmaba-, un tal

Enrique de la Rosa, alcalde de Villaseca de la Sagra” —me extrañé, no lo conocía de nada.

“Al fin doy con usted” —suspiró aliviado desde los diez mil kilómetros que separaban nuestros auriculares. Acto seguido se presentó y me expuso su requerimiento: en el muy taurino pueblo toledano se iba a hacer un homenaje al torero Rafael de Paula con motivo de los cincuenta años de su alternativa. “Y el maestro quiere que usted le acompañe y que diga unas palabras en el acto”. No sé qué fue mayor, si mi agradecimiento o mi perplejidad. Yo apenas había hablado con Paula dos o tres veces desde una entrevista que le hice para el diario *El País* en Jerez en 2007, donde pasé un día completo con él que no he borrado de mi mente. Nos entendimos bien y me llamó un par de veces cuando venía a Madrid. Yo por entonces vivía en un pueblo cercano a Guadalajara. ¿Cómo me había localizado en Brasilia el alcalde -al que no conocía- de un pueblo en el que no había estado, a través de un torero al que no veía desde hacía años y con el que no mantenía contacto alguno? Cuando pude aclarar el misterio hube de declinar la invitación, no me era fácil trasladarme desde Brasilia, pero le propuse a Enrique escribir algo para Rafael, con la intención de que aceptara ir al homenaje y que allí se leyese. Y aceptó.

RAFAEL DE PAULA, EL TORERO QUE DICE EL MISTERIO

Rafael, maestro, me han dicho que me has llamado, que me has buscado para que te acompañase hoy. Has dado a Enrique la mitad de mi apellido -“Inclán”- y mi nombre -“José”- que, como sabes, hay unos cuantos en la guía. Y mis señas —“vive en un pueblo de Guadalajara”. Pues bien, me has encontrado. Enrique de la Rosa dio -no sé cómo- con mi hermana María que vive en Madrid y ella me escribió a Brasil, donde vivo ahora, y le consiguió mi número. Misterios y milagros de los toreros. Me has buscado maestro, como los antiguos, como los

niños, como en la edad de oro y sueños en la que todos los hombres nos conocíamos. Me has buscado como un torero y un gitano. Y me has encontrado, claro. No sabes cuánto te lo agradezco.

Cuando el torero gitano Rafael de Paula, el mito vivo más romántico de nuestros toreros clásicos, abre el capote, toma la muleta, mira al toro, observa el cielo, escucha el campo o se queda suspendido en un pensamiento o un sueño imposible antes de dirigirse a alguien, está ya toreando. Siempre está toreando. Y siempre de forma única y diferente. En el toreo no importa la unidad, sino la personalidad. Y si hay un término triste es el de la uniformidad: traer la faena hecha de casa. Son necesarias personalidad y carácter. Genio y figura. Los grandes maestros del toreo se caracterizan por haber sido fieles a sí mismos, a su toreo, a su estar en la plaza y fuera de ella, durante toda su vida. Son toreros. Para siempre. No es fácil, Rafael, ser fiel a uno mismo durante tanto tiempo, pasar sin desmayo entre modas y seducciones, seguir tu camino, no encontrar -entre múltiples ofrecimientos- el sillón donde aposentar los trastos, continuar tu viaje, que es vivir en la más noble y apasionada de las batallas con el mundo -que es vivir, en definitiva- caminando por la orilla, pero no orillado. Hay que tener mucho carácter -y del bueno- para eso. Carácter, personalidad, como los toreros buenos. Como Rafael Soto Moreno.

Y hay un carácter único en Rafael de Paula, que mantiene la gracia y la intuición del niño y el dolor y la sabiduría del hombre. El del torero que te busca por el mundo con la limpieza de quien dice: “José, de un pueblo de Guadalajara”, y el de quien te habla del toreo con una sabiduría y una verdad dolorosa y profunda en la que es difícil penetrar. Del hombre que toreó tan bien que hizo cierto el dicho belmontino de que se olvidó del cuerpo. Y el cuerpo que se olvidó de él e hizo de su toreo sufrimiento y agonía. Sin embargo, nadie como él -y digo nadie con rotundidad- ha hecho más cierto el dicho del genial Gallo, de que

“Torear es tener un misterio que decir, y decirlo”. Paula ha sido torero de misterio y ha sido de los muy pocos que lo ha dicho. No una vez, ni dos, ni diez. Porque el misterio, como dice el poeta Tomás Segovia, “no es lo que se ve o se explica”, es sencillamente “lo que *salta a los ojos*”. El toreo de Paula salta a los ojos y a los escondites más recónditos del alma. No hay que “entender” de toros para conmoverse con su toreo. Solo hay que ver y mantener la capacidad -niña- de emocionarse. El misterio es siempre niño pero solo se revela con la sabiduría y el dolor del hombre. Paula mantuvo y mantiene ambas cualidades.

Nunca perdió Rafael el soplo angélico de su nombre ni la intuición del niño, y eso que es hombre que ha conocido los sabores del dolor — si hablaran su corazón, sus quimeras y sus rodillas veríamos al diablo dando palmas junto a una hoguera en la noche. Y él, que torea como es, ha mantenido siempre la autenticidad del niño, del poeta, que se hace inmensa y trágica con el tiempo del dolor del hombre. Cuando el toreo deja la luz y el juego de lo niño y da paso a la experiencia, el conocimiento y el dolor, pierde en parte su misterio y su grandeza. Tan humano se hace que se vuelve inhumano. Rafael de Paula nunca perdió ninguno de los dos elementos porque los buenos gitanos, los buenos toreros, siempre mantienen lo primigenio de la naturaleza y miran al cielo buscando las llaves de los misterios. Una mano a Dios y otra al diablo. Y el corazón, al toro.

Ha escrito Jesús Soto, el hijo de Rafael, un libro de toros titulado *Entre clamores y espantás. El soplo del Toreo*, y en él habla de muchos toreros, antiguos y modernos, guiado por su gusto personal y sin más afán de objetividad que el de la propia sinceridad. Habla, claro, de su padre. Y mucho. Y habla de algo que hasta ahora se ha contado muy mal: de la esencia del toreo gitano, que es la esencia de lo gitano en general. Escribe Jesús que no se puede entender el toreo gitano ni el alma gitana (y él, que es gitano, tardó años en descubrirlo) sino como una unión

profunda con la naturaleza; como una vida que sigue -para gozo y angustia infinitas- las reglas de la naturaleza, un vínculo imborrable y antiguo con ella, como en el toreo. Que vive unida a ella y dependiente de ella. Es la vida libre y antigua de los hombres, la que aún mantienen los gitanos.

El toreo libre y antiguo de Paula -por barroco que parezca- es el toreo más natural, el más unido a la naturaleza. El más niño. Habla Jesús en su libro de “la lluvia de los gitanos” y yo, recordando una tarde de mi infancia, le escribí, por sugerencia de su padre, un prólogo que comienza con estas palabras:

Recuerdo bien la escena. Aún puedo oler la sensación. Es final de verano por la orilla del Duero, más abajo del puente del ferrocarril; pasado también el de la carretera general. Cae, brillando, la tarde en un pueblo de Soria. El murmullo templado de las corrientes, el silencio de los remansos en el agua mermada de septiembre. Voy con mi hermano y el Primi y el Lolo —los gitanos. Caminamos sin rumbo definido, saltando, jugando por las orillas, con varas en las manos, observando el agua, rompiendo cardos y hierbajos, alternando bromas y empujones con silencios atentos, miradas enigmáticas. De repente, en el cielo cobalto del atardecer, dos nubarrones negros se vienen de golpe, se encienden por sorpresa con un rayo magnífico, responde el trueno rápido, y el chaparrón se precipita sobre nosotros. El campo tiembla, hierve el río y los gitanos estallan de felicidad bajo la lluvia, lanzan al aire sus zapatos, se entregan a la tierra que exhala vapor y olores intensos; y, contagiados por ellos, mi hermano y yo reímos, gritamos, casi bailamos, en el tiempo impercedero y antiguo de los hombres libres. Era la lluvia de los gitanos.

Y dice Jesús Soto de Paula:

Unos van a Lourdes a ver milagros sobrenaturales; yo iba a las plazas donde toreaba Paula, y allí ocurrían o no. Y no eran milagros propiamente dichos (sería mucho decir) pero sí sombras de milagros. Ese sobrenatural decir ante el bravo burel solo es comparable a una estrella fugaz en una noche oscura en medio del campo, a una lluvia inesperada ante un soleado día, como es la lluvia de los gitanos¹.

El toreo de Rafael fue siempre lluvia de gitanos, toreo romántico y clásico, siempre al borde del precipicio y siempre parado en el tiempo. Toreo que dice, cuando la inspiración quiere, el misterio. Si se pierden las muñecas, las rodillas, la cintura, los brazos... se pierde la forma. Sólo eso. Pero si se pierde la niñez, la mirada, el sueño, la naturaleza, el deseo... se pierde el misterio. Y sin misterio no hay toreo. Rafael de Paula no lo perdió nunca. Yo lo huelo desde Brasil. Y él lo trae aquí, ahora, tras cincuenta años de alternativa, a Villaseca de la Sagra.

TOREO NIÑO

Vi, en cambio, lo vi con mis ojos, nublados por la emoción de “esa borrachera que da el toreo” (que dijo Joselito) a Rafael el Gallo, que andaba por el callejón hablando solo, como él solía. Y apoyado en la barrera, sin chistar, absorto, quieto, sin apartar los ojos del ruedo, a Juan Belmonte mirando torear tal vez, como él, Belmonte, toreaba; como si la semilla del toreo más puro que él sembró en su alma floreciera y fructificara de pronto en este trianero de Jerez por aquellos lances de muleta y de capa que estaba dando. Y “suspenso y arrebatado el ánimo por tan maravillosa violencia”, que diría el divino poeta sevillano, vi algo más. Vi otros ojos que, como Belmonte, miraban el

[1] Jesús Soto de Paula, *Entre Clamores y Espantás. El soplo del toreo*, Jerez de la Frontera, AE, 2011, p. 208.

toreo de Rafael, maravillados, ávidos de alegría y de belleza, iluminados por lo que estaban viendo, unos ojos de niño².

La savia de la niñez es la libertad y la libertad es la esencia del toreo de Paula. Una libertad dolorosa, peligrosa -siempre la libertad lo es- y si el torero es el último reducto heroico del que realiza una faena en soledad ante el peligro, el toreo de Paula es el más solitario de entre los toreros, el más peligroso -nunca existió torero y toreo más inerme y arriesgado frente al toro- pero también el más libre, el más hermoso. El toreo de Paula nos devuelve la libertad de la gozosa infancia y sus peligros antes de que la búsqueda de seguridad atorara nuestras vidas de reglas y sumisiones. Es pura naturaleza en creación. Es el silencio del bosque bajo las estrellas, el susurrar del aire, el alboroto de los pájaros y el compás de grillos y chicharras, el ritmo de las olas y el canto de los ríos. Inmarcesible y sentido pensamiento de la tierra a la que pertenecemos. “La música callada”, inexplicable y acorde de su toreo. Escribe Bergamín que “ha sido el torero Rafael de Paula el primero que le ha llamado en lenguaje taurino al sentimiento del toreo, pensamiento; y pensamiento tan profundo que es canto y cante; que es musical³”.

En *Las cartas* que Rainer Maria Rilke escribió a Franz Xavier Kappus, entre 1903 y 1906 dándole consejos para adentrarse como escritor en el mundo de la creación poética y que se publicaron más de veinte años después de la muerte de su autor en 1926 con el título de “Cartas a un joven poeta”, hay una permanente insistencia en la necesidad de buscar y recuperar la soledad y la sabia incompreensión del niño. Soledad de Paula en su toreo niño y solitario.

Lo que hace falta es solo esto: soledad, gran soledad interior. Ir-hacia-sí, y durante horas no encontrar a nadie; he ahí lo que hay que lograr. Estar en soledad como lo estaba uno de niño cuando las per-

[2] José Bergamín, *La música callada del toreo*, Madrid, Turner, 1981, pp. 97-98.

[3] *Ibidem*, p. 14.

sonas mayores iban y venían enredadas en cosas que si aparecían importantes y grandes era porque esos mayores tenían el aire tan atareado y porque nada se comprendía de su hacer.

Y un día cuando se advierte que sus ocupaciones son míseras, yertas sus profesiones, y que ya no están vinculadas con la vida, ¿por qué no continuar igual que un niño, mirándolas como algo extraño, desde el fondo del mundo propio, desde el ámbito de la soledad propia, que es también trabajo y jerarquía y oficio? ¿Por qué empeñarse en trocar en hurañía y desprecio la sabia incomprensión de un niño, puesto que no comprender es estar solo, y que hurañía y desprecio significan participación en aquello de lo que uno quiere apartarse por estos medios?⁴

Jugar y soñar jugando. Lidiar y torear lidiando. Lidia, “acto de jugar los toros”, define Pepe Hillo⁵. De un acto infantil a adulto. Mejor diríamos “arte de jugar los toros”, de un arte gozoso y niño a un arte doloroso. Del juego al dolor. Rafael de Paula indefenso ante el dolor, asustado, paralizado como el niño al que su padre amenaza; acurrucado en tablas, incapaz de saltarlas ante el toro que viene como un “vendaval sonoro”⁶ con la muerte en los cuernos. “Hay que ‘jugar los toros’, con mayor o menor compostura, con más o menos ángel, duende o demonio, pero habrá siempre que jugarlos”, apunta el poeta Felipe Benítez reyes en su libro *Rafael de Paula*⁷.

Felicidad doliente, esencia y médula de la creación. Una felicidad doliente, un hacer niño, gozoso y doloroso en el toreo de Paula. Él le llama, gitana y niñamente, la pena.

[4] Rainer Maria Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1974, p. 76.

[5] Pepe-Hillo, *La tauromaquia*, Madrid, Aguilar, 1971.

[6] “Y llevo al cuello un vendaval sonoro”. Verso de Miguel Hernández del soneto “Como el toro he nacido para el luto” en su poemario *El rayo que no cesa*. Miguel Hernández, *Poesía*, Madrid, Narcea, 1976, p. 192.

[7] Felipe Benítez Reyes, *Rafael de Paula*, Rota, Interrogante, 2017, p. 46.

“En los artistas el dolor es casi necesario”, escribe Jesús Soto en *De negro y azabache*⁸ —le comento a Rafael de Paula en la entrevista que le hice para *El País*⁹. “Dolor y pena -matiza-. Yo, cuando he conseguido torear bien, es cuando he toreado con pena, los bolfos (sic) por la boca -se acerca la mano, alarga los labios, temblones-. ¿Qué siento? -se dice a sí mismo- Yo, pena, que es lo que me ha hecho llorar toreado, embargao por la pena. ‘A cada pase que daba, se me caía una lágrima’, decía Rafael el Gallo”. Y asiente con la cabeza, como si le hubiese oído.

Su misterio: el del arte urgente, espoleado y enardecido, embestido por la muerte. Poner a la naturaleza a soñar frente a la muerte. Por eso nos inquieta y nos conmueve, por eso nos lleva del dolor, de la pena creativa, a la emoción imposible de expresar ni de explicar. Porque nos devuelve a la naturaleza, a la indefensión niña del hombre y a la inefable felicidad que hay en ella y frente a ella. Hay algo muy antiguo y muy primario en el toreo niño de Rafael que nos emociona. Y hay algo actual y eterno -clásico- en el toreo sentido y pensado, lento y hondo -impotente también- de Rafael que nos angustia y nos duele. Toreo existencial. Que, en definitiva, es la impotencia del niño, su angustia por saberse existido. “El arte del torero Rafael de Paula tiene, por ser misterioso, esencia de tinieblas: una oscuridad refulgente”,

[8] Jesús Soto de Paula, *De negro y azabache: Rafael de Paula*, Jerez de la Frontera, AE, 2005.

[9] *El toreo de arte está huérfano*. Entrevista de José Suárez-Inclán al torero Rafael de Paula para el diario *El País*, disponible en https://elpais.com/diario/2007/02/22/cultura/1172098808_850215.html

escribe Felipe Benítez Reyes¹⁰. Porque como dice Jesús Soto de Paula, “la expresión artística gitana, viniendo de lo divino, como las demás artes, queda diferenciada de las demás por estar tocada y manoseada por el demonio”¹¹.

¿Hay alguna forma artística de expresar este gozo angustioso, este ser niño y hombre, comparable al toreo? Para mí no la hay. Porque no existe arte ni ceremonia alguna en la que se exprese la alegría de vivir, la luz de la vida y la angustia de morir, las tinieblas de la muerte, como en el toreo. Y no ha habido torero de cuantos yo haya visto, desde Bienvenida y Ordóñez hasta José Tomás y Morante, pasando por Antoñete, Curro Romero, Camino, El Viti, Pepe Luis hijo, Joselito y Urdiales, que haya manifestado esta luz de la noche como Rafael de Paula. Mística niña; toreo pensado, sentido y dolido. El “pensamiento ardido” machadiano; la “música callada del toreo” de la que habla José Bergamín, el escritor que con más inteligencia, hondura y emoción, con más “sentido pensamiento” ha hablado del toreo y que dedicó al incomparable torero de Jerez, haciendo torero un verso del *Cantico espiritual* de San Juan de la Cruz. Otro poeta que ha de acudir a la naturaleza para expresar su inefable e inexpresable arrebató místico:

Iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

[10] Benítez Reyes, *op. cit.*, p. 39.

[11] Soto de Paula, *op. cit.*, p. 11.

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!,
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!¹²

Le pregunté a Paula si le pesó Bergamín, con quien mantuvo una relación amistosa, de extraño y sorprendente entendimiento, casi infantil, intuitivo, en la que me aseguró que con mirarse ambos ya sabían lo que estaban pensando: “Bergamín: un ser superior, tal el caso de don Juan Belmonte. Era como un niño chico. Había que llorar con él. La Historia no ha sido justa con Bergamín. No sé qué han hecho ustedes...” Probablemente haya sido Rafael de Paula la única persona que haya considerado al gran poeta y pensador republicano “como un niño chico”. Como el niño que se empecina en mantener su pensamiento libre y limpio. Y pienso que el torero tenía razón. En ambas cosas: en su claridad niña y en el injusto ninguneo al que se le ha sometido.

TAL VEZ SOÑAR

El día que pasé con Rafael de Paula en Jerez anoté en el tren de vuelta a Madrid, ya cayendo la noche: ““Se torea como se es’ -decía Belmonte- y Paula es como su toreo: despacioso en el habla, sorprendente en sus respuestas, ensimismado en sus pensamientos. A menudo se dirige a un punto indefinido, de vez en cuando se acerca con mirada tímida de roedor pensativo, luego vaga como un pájaro raro, libre y solemne, de vuelo alto, perdido en la terraza del hotel entre humo gris perla y plata del cigarro”.

Como los niños cuando se quedan en su mundo y decimos que están soñando. Pero no sueñan, viven. ¿O tal vez sueñan? Tampoco

[12] San Juan de la Cruz, *Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979, pp. 13-14.

Paula sueña, torea. O quizá juega al toro, que es la forma primera y niña de torear, de vivir -“tal vez soñar”, escribía Shakespeare; “que toda la vida es sueño”, remataba rotundo Calderón-, de soñar el toreo.

El torero y crítico taurino Juan Posada escribe que:

Rafael de Paula torea como los toreros sueñan. Con este diestro me obligo a disculparme públicamente, por haberlo tratado con demasiado rigor, a causa de la irritación que me producía verlo incompetente, asustado y con un total desconocimiento del toreo acopiado por sus ilustres paisanos en siglos anteriores. (...) Más tarde, quizá acuciado por cierto remordimiento, comprendí que con *Paula* no había enfado posible; entendí que era así, simplemente. No se le podía reclamar conocimiento, técnica ni valor, porque su toreo, mecío, jondo, acompasado e intermitente, no era producto de una reflexión cerebral, asumida y filtrada a través del espíritu, como ocurre con los grandes toreros, sino gesto limpio y sutil, extraído, quizá inconscientemente, del principio puro del arte torero...¹³.

¿Cuál es el principio puro del arte torero? El principio puro es jugar. Jugar y soñar. Jugar con la muerte y soñar con vencerla. Jugar como los niños, soñar como los hombres. Vencer a la muerte: un sueño infantil; jugar con ella: un pensamiento adulto. “El toreo es pensamiento sentido”, insiste Bergamín. Y el toreo de Paula gira en torno a una idea, un pensamiento que es juego y sueño, inasible e íntimo, casi intransferible, hasta que aparece, milagrosamente, en la plaza, en la arena, ante el público, con un toro bravo. Pero igualmente en soledad. ¿Cómo y cuándo aparece? Los místicos nos lo dejaron muy claro: las manifestaciones de lo divino son obra de la propia divinidad. Y Rafael de Paula ha corrido el riesgo de dejarlo en sus manos. Pero con sus muñecas.

[13] Juan Posada, *De Paquiro a Paula en el rincón del Sur*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. 245.

Es difícil que el público acepte esta actitud y ello ha dado lugar a las mayores broncas, las “broncas toreras” en palabras de Jesús Soto. Pero nada puede hacer Rafael ante ello. Solo aceptar con entereza y dolor, con lealtad, hasta que se manifieste de nuevo el misterio de su toreo soñado. Cuando los adultos, con torpe ofuscación, se empecinan en que el niño diga lo que ellos quieren oír, el niño no lo dice. O lo dice mal, asustado y coaccionado por lo que se espera de él. Paula siempre ha sido fiel al espíritu niño de decir la verdad, su verdad. Sin atender a expectativas ni aceptar sutiles coacciones.

Su toreo es una ‘idea’, y se asienta en una realidad entrevista, en una irrealidad posible. Esa idea se la revelaron unos duendes raros y antojadizos de lo misterioso. Rafael de Paula atendió a la explicación, y persigue esa idea a costa de muchas cosas. Nunca los duendes tuvieron un protegido tan fiel, tan insobornable¹⁴.

Las Ventas, 28 de septiembre del 87. Último toro de Paula en la última corrida de la Feria de Otoño de aquel año en Madrid. Salió en cuarto lugar, “Corchero”, de Martínez Benavides. *Nunca el toreo fue tan bello*,¹⁵ tituló su crónica Joaquín Vidal en *El País*. “Aún veo al público al borde del paroxismo -le comenté a Rafael- ¿Se daba usted cuenta o estaba enajenado?” “Sí, sí me daba. Estaba enajenado, pero me daba cuenta. A la salida, iba en un coche y se me acercó un chaval: ‘Rafael, esta noche soñaré con los ángeles’. Es lo más bonito que me han dicho”. Claro, es lo que decían las madres a los niños antes de dormir, al mandarles al sueño, al enviarles al mundo irracional y gozoso

[14] Benítez Reyes, *op. cit.*, pp. 89-90.

[15] Crónica taurina sobre la faena de Rafael de Paula escrita por Joaquín Vidal en el diario *El País*, se halla disponible en https://elpais.com/diario/1987/09/29/cultura/559868404_850215.html.

-o doloroso- de los misterios: “Que sueñes con los angelitos”¹⁶. Rafael tenía un misterio que decir aquella tarde en Las Ventas y lo dijo. Como nos aclaró su compadre El Gallo, también Rafael, torero y gitano. Y Paula, al decir el misterio, nos puso a soñar. Con los ángeles. Y nos devolvió a la infancia.

Aquella misma tarde, después de jugar y decir el toreo en la Monumental madrileña, corrieron a entrevistarle los de Canal + Toros: “Vaya tarde, hoy”—comenzó el locutor. Rafael de Paula se echa a reír como un niño, suelta un ¡ole! mientras mira una de sus verónicas en el monitor de televisión y opina, feliz: “Hombre, si cayeran unas gotitas, mejor”. La lluvia de los gitanos.

La niñez no se pierde, se guarda. Hay quienes la esconden o la olvidan (Freud decía que “solo se recuerda lo que se quiere recordar”), hay quienes la esperan, y hay quienes la tienen a flor de piel, pese a las grietas que producen las maduraciones de la edad y la vida. Los gitanos pertenecen a estos últimos. Porque nunca han renunciado a la vida libre y sin ataduras, a la tierra, al campo y al río, a la noche, al cielo y las estrellas, al mundo inasible de las cosas ciertas y de los

[16] Curiosamente “el origen de esta expresión es mucho más reciente de lo que se cabría esperar, de finales del siglo XIX, y al principio no tenía ni muchísimo menos el dulce significado que hoy le atribuimos. Para conocerla tenemos que retroceder hasta el México de los caciques, en el que “Los Angelitos”, sanguinarios hijos del temido Ángel Guajardo, sembraban el terror en la zona de Chinameca. Por aquel entonces “que sueñes con Los Angelitos” era una de las amenazas más crueles que se podían hacer a una persona, y normalmente el amenazado recibía pocos días después la funesta visita de “Los Angelitos”, de los que ni siquiera se ha conservado su verdadero nombre. Sólo después de la revolución encabezada por Pancho Villa, en la que “Los Angelitos” fueron linchados por el pueblo, la expresión comenzó a utilizarse como signo de victoria y como sinónimo de “dulces sueños”: “que sueñes con Los Angelitos (que ahora están muertos)”. Visto el 12-10-2019 en <https://emitologias.wordpress.com/2013/11/09/sonar-con-los-angelitos-origen/>. En cualquier caso ha pasado a ser una expresión común para desear dulces sueños, especialmente en países de tradición católica donde fue, y aún es en muchas familias, muy habitual que se le diga a los niños cuando estos se van a acostar.

misterios, al mundo poético, feliz y doloroso de los niños. Vuelven de nuevo las palabras de Rilke a Kappus para recordarnos lo esencial de la naturaleza y la niñez en la creación poética:

Si no hay afinidad entre los hombres y usted, trate de estar cerca de las cosas; ellas no lo abandonarán. Todavía quedan las noches, y los vientos que van a través de los árboles y sobre muchas tierras; todavía en las cosas y en los animales todo es acaecimiento, (de los que usted puede participar) y los niños son siempre lo que usted fue de niño —así tristes y felices—; y si piensa en su infancia, revivirá entonces en medio de ellos, en medio de los niños solitarios; y los adultos nada son, y su dignidad nada vale¹⁷.

TOREAR LAS OLAS

Marzo de 1985. En la plaza del Puerto de Santa María se encerraba Paula con seis toros. Fui a verlo desde Madrid junto a tres periodistas con los que se había concertado una entrevista, pues iba a ser portada del primer número de una nueva revista, *El Bulevar*. Se le fueron los seis toros. Ni un solo pase para el recuerdo. Terminada la corrida Rafael se escabulló y no había manera de dar con él hasta que finalmente, creo que su apoderado o la persona que había mediado para concertar la entrevista, nos dijo que se encontraba en Jerez, en el hotel *El Coloso*, y que allí nos esperaba. Nos costó llegar de noche, preguntando aquí y allá, a un hotel que no parecía estar en consonancia con su nombre, hasta que en una calle empedrada de adoquines apareció, mínimo y achicado, *El Coloso*. Un conserje sombrío y somnoliento nos inquirió qué buscábamos y aunque en un principio aseguró que allí no estaba el torero, tras explicarle nuestra cita con él para entrevistarle -y

[17] Rilke, *op. cit.*, p. 78.

quizá amedrentado por el acento madrileño- dijo escuetamente: habitación 2. Subimos cuatro escalones desiertos y nos adentramos por un pasillo silencioso con luz verdosa y mustia de hospital. Solo dos habitaciones, la 1 y la 2. Tuvimos la sensación de que no había otras en *El Coloso*. Cuando nos atrevimos a empujar la puerta entreabierta de la 2 nos pareció allanar un velatorio y las dos periodistas -una de ellas fotógrafa- salieron escopetadas pasillo abajo. Un nutrido grupo de gitanos de diversas edades, todos ellos hombres, vestidos de negro o de oscuro, de pie, en silencio, rodeaban una breve cama turca en la que se encontraba, fumando y mirando al techo, con los pies calzados por fuera de una manta del ejército (aquellas pesadas y ásperas, de descolorido e indefinible tono arcilloso) Rafael de Paula. Se hacía tan violento hablar en aquel silencio que mi compañero, el futuro director de la revista, hubo de arrodillarse en el suelo y susurrarle, como un confesor, quiénes éramos y a qué veníamos. Rafael apenas afirmaba moviendo la cabeza y yo, desde los pies de la cama y del torero, comprendí que no había lugar a entrevista alguna y me atreví a proponer en alto: “Otro día, maestro”. Una mirada aguda y aprobatoria y desde entonces siempre nos hemos entendido. “Espérenme en la cafetería de al lado, bajo en un rato”. En una hora apareció el maestro sonriente y afable dentro de un rutilante chándal, calzado con deportivas, y nos dio su teléfono para que le llamásemos a la mañana siguiente. No hubo forma de localizarlo. En el teléfono se puso su hermana que nos mandó a esperarle a la plaza del Puerto de Santa María, donde se celebraba una boda -creo que de un hijo de Manolo Vázquez- y en la que se toreaban unas becerras: una de ellas se desmandó y tras voltear al *Mangui* -torero de Sanlúcar- arrampló con la mesas de los aperitivos que empezaban a instalar junto al burladero. No aparecía Paula y, ante nuestra angustiada insistencia (teníamos que llegar con la entrevista hecha para que entrase en imprenta al día siguiente) su hermana nos

dijo con toda naturalidad: “Está en la playa, entrenando”. Tal vez quiso mostrarse seria con los señores de la revista y no se atrevió a decir lo que de verdad ocurría: Rafael de Paula se había ido a torear las olas¹⁸. Como las banderillas que El Gallo le quitaba al toro en cada pase para torearlo a gusto, según me contaba el maestro Rafael alborozado: “con el toro encunao, pin: una, -vuelve a dar un pase- pin: otra, y así hasta seis”. Como las lágrimas que se le caían a El Gallo a cada pase que daba. Como las nubes que los niños toreábamos de chicos mirando al cielo. Las olas. Que embisten a su aire, templadas, sin parar. Muchas veces, desde entonces, he imaginado a Paula toreando en la playa, jugando a torear las olas, canturreando, meciéndose con ellas al ritmo de su capote; a su ritmo, que es ritmo de olas “dolorido y gozoso a la vez”, como calificó Bergamín al “sentimiento del toreo” de los Gallos y de Belmonte ¹⁹, abstraído en “su profundo pensamiento musical”²⁰. Rafael de Paula torea en la playa como sueña torear un toro: sin trucos resabiados, con infantil transparencia, al azar y al vaivén del viento y de las olas, en la naturaleza, que es la casa del niño, la tierra de los gitanos.

ARTE DE TOREAR Y TOREAR CON ARTE

“Ninguna representación figurativa como esta, típicamente espiritual, analfabeta del toreo español, andaluz, asoma con emoción y belleza tan puras el misterio eternamente fugitivo del arte”²¹. Yo añadiría “niña”. Porque “todo lo que es arte, juego, fiesta en el toreo, pertenece

[18] El primer número de la revista nunca salió y *El Bulevar* se quedó esperando.

[19] Bergamín, *op. cit.*, p. 15.

[20] *Ibidem*, p. 17.

[21] *Ibidem*, p.40.

al mundo mágico de la emoción”²². Claro, al mundo mágico de lo niño. Que nada tiene que ver con lo infantil sino con la emoción de lo poético. Toreo niño, que no infantil, porque el toreo por su propia naturaleza no puede ser infantil nunca. Saber lo que un toro trae detrás nos desinfantiliza, nos hace conscientes de nuestra propia existencia; jugar con ello, nos hace niños. Sobre todo cuando se juega sin trampas, embelesados por la música de torear.

Paula es torero de arte porque el arte se manifiesta en su quehacer vital -no solo en el toreo- como se manifiesta en los niños. Él mismo lo dice en muchas ocasiones y sobre cualquier asunto: “Yo no soy un torero artista, soy un torero de arte”. Y cuando le preguntan sobre este tema, se ríe como un niño, toma un palo de escoba imaginario entre los brazos, los separa como para citar a la verónica y dice: “¡Con la escoba. Soy un fenómeno con la escoba! No me ganan pa este lao y pa este”; y la mece como si fuera su capote de vueltas azules. “Yo creo que hasta durmiendo tengo arte” concluye a carcajadas. Estoy seguro de que Rafael después del baño se echa la toalla atrás para secarse, mejor que Gaona lo hacía para quitar un toro. ¿Seguro? Sí, seguro ¿Eso te lo ha dicho él? Sí, me lo ha dicho²³.

¿Qué es torear con arte? El Cossío²⁴ considera, entre las cualidades del toreo gitano, “la concepción del toreo como un arte” en el que “la estética de la figura, el ritmo del movimiento, la gracia del adorno son las únicas cualidades que pueden justificar un riesgo”. Pero Benítez Reyes, con mirada más profunda replica que “estas afirmaciones solo afectan al lado más visible de una realidad más compleja. Porque estas palabras dejan sobreentender el arte como un capricho de la voluntad, no como un enigma de la casualidad; y no se es artista porque se quiera

[22] *Ibidem*, p. 48.

[23] No, me lo he inventado. Pero no tengo dudas al respecto.

[24] José María de Cossío, *Los toros*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.

y cuando se quiera, sino sencillamente porque se es”²⁵. Arte para torear y para vivir. Naturaleza y arte. El mar y las olas. El silencio de las estrellas. Los sonidos y ritmos de la noche, acordar con ellos, con su música, su ritmo y su compás.

Ritmo y gracia; arrebató, inspiración. “Duendes que dominan una concepción del toreo a través de una norma oscura: la inspiración” — dice Felipe Benítez²⁶. El soplo del que habla Rafael. Le pregunto por la gracia y contesta lento, pensativo: “Toreros con gracia torera: Pepe Luis Vázquez. El zoplo, -rectifica y arrastra la s-: el ssoplo. Me ha faltao a mí, el soplo. Se pueden contar con los dedos de la mano. Soplo es todo aquello que emociona de pronto, el repeluco”. Recuerda un trajecillo grana y oro, recuerda a Pepe Luis así vestido la única vez que lo vio torear. Y pone a bailar los brazos. Piensa más nombres, está pensando instantes, pases, movimientos, salidas, desplantes: “Ordóñez, Puerta y Pepe Luis: media verónica. Eso se lo copié yo a Pepe Luis, que unas veces ha tenido el soplo y otras no. El único que ha tenido soplo es Caracol. Y Pavarotti. Ordóñez ha toreado con gracia, con soplo... y con hondura. Aprendió el capote de Cagancho, y también, como a mí me pasó, era torero de brazos, de muñeca, no se salía por los pies”. Se queda vagamente absorto y susurra, muy bajito, medio de pasada, con una humildad melancólica: “yo era la obsesión de Ordóñez”. Y sigue, rápido, como borrando esa afirmación: “Yo, con el capote, ponía los toros a mi ritmo”²⁷.

Al ritmo inverosímil de las olas, a un compás marítimo y gitano que pocos toros pueden seguir. Por eso corre el riesgo, como todos los niños, de que el toro no quiera, por ser un bravucón o un pegajoso,

[25] Benítez Reyes, *op. cit.*, p. 78.

[26] *Ibidem.*

[27] *El toreo de arte está huérfano*. Entrevista citada de José Suárez-Inclán al torero Rafael de Paula para el diario *El País*, (véase nota 9).

abanto o reservón, entrar al juego. Una buena técnica lidiadora puede salvar la papeleta, pero siempre serán trucos adultos, oficio, en definitiva, que salvará el pellejo pero no el alma. Porque el alma del toreo siempre es magia auténtica, asombrosa y limpia. Sabia incompreensión, naturalidad encendida. Afirma Juan Posada que:

Paula, que no entiende de técnica, que desconoce los terrenos, tercios, suertes y teorías, es el torero que más arriesga. Cuando está bien, porque no sabe cómo y por qué lo hace; cuando está mal, porque desconoce la técnica defensiva. Para él no existe tauromaquia alguna, solo -imagino- un estado de gracia especial, que le impulsa a crear influjos mágicos que conectan irremisiblemente con toda clase de públicos²⁸.

Y entre esos públicos, cautivados por su toreo mágico y dramático, estaba el poeta Benítez Reyes: “fui aficionado al toreo de Rafael de Paula, supongo que porque este torero representaba una anomalía mágica dentro del toreo: alguien capaz de convertir una rutinaria tarde de toros en un espectáculo de indecisión y dramatismo, de misterio y desgarrro, de frustración o de gloria”²⁹.

Ante un toro que no acepta el juego, que no embiste y recela, o sustituye la bravura por la bravuconería, también es posible responder con las mismas trampas, ponerse en su lugar -que nunca es el lugar del torero- y engañar y engañarse con un absurdo alarde de valor. Valor bravucón de torero tramposo que sustituye la emoción de la magia por el desasosiego del terror. “Todos los toreros caen alguna vez en ese recurso, generalmente fácil, de emocionar o asustar al público, para escamotearle el toreo”³⁰. Paula nunca. Si asusta es porque no torea,

[28] Posada, *op. cit.*, p. 245.

[29] Benítez Reyes, *op. cit.*, p.18.

[30] Bergamín, *op. cit.*, p. 32.

se asusta como un niño y nos asusta a nosotros, nos alarma su indefensión desvalida e infantil. Si torea, siempre emociona. Y más que por su técnica -que la hay- sorpresiva y su componer barroco, que nos deslumbra, nos emociona la maravilla de su don poético, que aparece de su viejo vínculo con la tierra, que salta a la vista como un juego de niños milagroso. Un juego de niño con un toro. “Siempre la claridad viene del cielo; es un don”, comienza el *Don de la ebriedad* el gran poeta Claudio Rodríguez³¹. ¿Y la oscuridad, la embriagadora luz nocturna del gitano?: De Hermes, dios de los poetas, de los ladrones, de los salteadores de caminos, los borrachos y la noche³². Y del perseguidor, del demonio. El toreo milagroso y niño de Paula que da una mano a Dios y otra al diablo y cuya música salta a la vista de cualquier público, aficionado o no, como saltan a la vista todos los milagros. “También El toreo tiene su ‘música callada’, como los astros. Y su ‘sonora soledad’. Y de *esto*, como de lo *otro* y de lo de *más allá* (en el toreo como en el baile y en el cante) saben más que nadie los gitanos. Supo Rafael el Gallo. Y ahora Rafael de Paula”³³.

BIBLIOGRAFÍA

- BELLOTTI, Evaristo, “El toreo imposible de Rafael de Paula”, *Encuentros en Catay*, Taichung, N°. 32, (2019): 547-554.
- BENÍTEZ REYES, Felipe, *Rafael de Paula*, Rota, Interrogante, 2017.
- BERGAMÍN, José, *La música callada del toreo*, Madrid, Turner, 1981.
- CITATI, Pietro, *La luz de la noche*, Acantilado, Barcelona, 2011.
- COSSÍO, José María de, *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.

[31] Claudio Rodríguez, *Desde mis poemas*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 33.

[32] Sobre lo hermético en el arte sugiero leer el libro de Pietro Citati *La luz de la noche*, Acantilado, Barcelona, 2011.

[33] Bergamín, *op. cit.*, pp. 90-91.

- CRUZ, San Juan de la, *Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979.
- DELGADO, José (Pepe-Hillo), *La tauromaquia*, Madrid, Aguilar, 1971.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Poesía*, Madrid, Narcea, 1976.
- LAVERÓN, Jorge, “Rafael de Paula: un torero de leyenda”, *Encuentros en Catay*, N.º 23, (2009): 440-442.
- POSADA, Juan, *De Paquiro a Paula en el rincón del Sur*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987.
- RILKE, Rainer Maria, *Cartas a un joven poeta*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1974.
- RODRÍGUEZ, Claudio, *Desde mis poemas*, Madrid, Cátedra, 1984.
- SOTO DE PAULA, Jesús, *De negro y azabache: Rafael de Paula*, Jerez de la Frontera, AE, 2005.
- SOTO DE PAULA, Jesús, *Entre Clamores y Espantás. El soplo del toreo*, Jerez de la Frontera, AE, 2011.
- SUÁREZ-INCLÁN, José, “El toreo de arte está huérfano”, *El País*, (2007), disponible en https://elpais.com/diario/2007/02/22/cultura/1172098808_850215.html.
- VIDAL, Joaquín, “Nunca el toreo fue tan bello”, *El País*, (1987), disponible en https://elpais.com/diario/1987/09/29/cultura/559868404_850215.html.



Fotografía 1.- Rafael de Paula. A la verónica. Madrid.



Fotografía 2.- Rafael de Paula. A la verónica. Fotografía de Botán.



Fotografía 3.- Rafael de Paula. En redondo con el compás abierto.
Fotografía de Botán.



Fotografía 4.- Rafael de Paula. Al natural. Fotografía de Arjona.



Fotografía 5.- Homenaje a Rafael de Paula. 1 de abril de 2006, Las Ventas.
Fotografía de Concha Gómez-Acebo.



Fotografía 6.- Rafael de Paula y José Suárez-Inclán, Las Ventas.